

vanta en aras de la inmensidad, que surca la eternidad con haces de luz, que arrebatada con serenidad los secretos del cielo y que descifra y domina las obras del sublime Hacedor.

Ahí está Augusto Comte, conquistando corazones con la Religión de la Humanidad, y dominando las inteligencias con la abrumadora penetración de su pensamiento.

Ahí están Pascal y Laplace, tan unidos con los lazos de la inteligencia como con las fraternidades del corazón; empujados por las fuerzas vivas que se elaboran en las fábricas del cerebro, desatan el poderoso nudo de las preocupaciones seculares y revientan las formidables cadenas del servilismo de la inteligencia. Encuentran un valladar que derriban con el ariete de su razón; y sentados en el solio vengador de las tiranías y de los sacrificios, decretan, en vez de excomuniones, la alhagadora libertad del pensamiento; en lugar de sujetar la razón en pos de la idea heredada, la sueltan, le dan expansión, la elevan y la fortifican; para ellos los dogmas de los Escolásticos, sólo sirven para recordar los tiempos en que la fe estaba por encima de la razón; para ellos sólo existe un símbolo de alianza siempre palpitante en el amplio espacio de su frente, siempre grabado en los pliegues de su corazón: En el templo de la verdad, brilla la fe. Forja el uno sus inspiradas Cartas Provinciales, y el otro, imagina la Masa Caótica que debía llenar el vacío de los espacios celestes: siente el primer impulso de la vida, y con él, el cortejo festejoso de los cuerpos siderales que siguen el